

UN MARXISTA Y UN CRISTIANO: DIALOGO GARAUDY-MIRET

Garaudy y el cristianismo

MIRET Magdalena: Yo me considero un católico independiente, influido en mis convicciones por un marxismo abierto. Pero usted, que se ha declarado en ocasiones marxista y ateo, ¿cómo es que termina las páginas de su libro "Palabra de hombre" diciendo: "Soy cristiano"?

Garaudy: Creo que he sido perfectamente consecuente conmigo mismo al hacer esta declaración. Y lo he sido en forma doble —vital e intelectual—, porque he llegado claramente —y así lo confieso— a esta postura de aceptación vivencial de lo que es la esencia del cristianismo: el mensaje del advenimiento del Reino; el vacío como superación del yo (del yo egoísta), y la aceptación de las fuentes vivas —de la experiencia humana profunda— de las que emana lo cristiano. Ese Reino que se vislumbra en Isaías aparece en Jesús y hoy se ha definido como una "utopía realista" por Bloch y Horkheimer. Y ha sido para mí una positiva y enriquecedora experiencia la que los grandes místicos de todos los tiempos han llamado "el vacío", "la nada": con esa vivencia honda se supera el egocentrismo empequeñecedor que se vive hoy por muchos creyentes o increyentes, y queda uno dispuesto a la acción con una fe liberadora, que brota de lo más íntimo de uno mismo como una fuerza que todo lo desarrolla constructivamente.

M. M.: A esa fe sin etiquetas de grupo religioso o no religioso le llamo yo "fe básica". Es una fe fundamental en la vida, que todo hombre se titule o no creyente tiene cuando es profundo. Y creo que la clave de esta experiencia se manifiesta ya en los primeros cristianos, aquellos que Engels y Lenin creyeron, a pesar de sus críticas, que tenían una venta revolucionaria democrática. Por eso fueron llamados "ateos" por los hombres de su tiempo, los paganos religiosos que presentaban a Dios, como un "Amo" al que habla que tener propicio y conquistárselo con ofrendas, oraciones y sacrificios. Un Dios que aquellos cristianos recusaban, igual que lo recusamos muchos hoy.

G.: Sí. Precisamente por eso me he calificado a mí mismo de ateo muchas veces. Porque no podía aceptar el teísmo tradicional, que propone un Dios recortado, alienador y paternalista. En ese sentido tiene razón el ateo Ernst Bloch al

A Garaudy no hay que presentarlo al público español. Sus numerosos libros son conocidos de intelectuales y estudiantes. El político y filósofo francés, profesor de la Universidad de París, es la primera vez que habla públicamente en España. Su nombre estaba vetado por el franquismo, como el de otros grandes pensadores franceses que han venido ahora por primera vez a nuestras tierras, después de cuarenta años de impedirlo el nacional-catolicismo español.

Con motivo de sus conferencias y de la presentación de su nuevo libro "Una nueva civilización", ha tenido un diálogo con nuestro colaborador Miret Magdalena, y han conversado ambos sobre varios temas, y entre ellos el de tan acuciante actualidad como es el planteado hoy por el cristiano-marxismo.



Roger Garaudy con Enrique Miret Magdalena.

decir, en su diálogo con el cristiano Moltmann, que sólo puede ser auténtico cristiano el que ha pasado por la experiencia del ateísmo; experiencia que le ha limpiado de todas las imágenes y representaciones alienantes de las religiones al uso.

M. M.: A mí muchas veces me consideran también ateo, porque no soy teísta al modo tradicional, aunque tengo una profunda vivencia de lo religioso, pero creo —como usted— que el que sea íntimamente religioso no tiene más remedio que tirar por la borda todo ese lastre tradicional que el teísmo ha

aportado, y vivir la experiencia de lo divino como "la fuerza de nuestra fuerza", como la llama el católico H. Duméry o "el impulso creador" que late en todas las cosas, como lo denomina el abbe Joly. Viviendo lo divino bajo esa experiencia, la religiosidad no se hubiera convertido en religión que, con su "aparato", siempre resulta en algún modo alienante. Los grandes místicos de la historia no han dicho, en el fondo, otra cosa.

G.: Yo estoy ahora estudiando sobre todo a los místicos persas, porque en ellos encuentro todo esto que usted señala. Además pre-

sentan la "revelación" no como algo dado exteriormente de una vez por todas, sino como una experiencia profunda siempre creciente y siempre nueva. Jesús es su mejor expresión, porque en Jesús todo es nuevo y renovador, todo en él supera la rutina, lo ya hecho y legislado, es un ser que siempre sorprende por su novedad y por la frescura espontánea de cuanto hace: es el incapaz de anquilosarse, es la creatividad permanente hasta en los más pequeños detalles. Jesús escapa a todos los condicionamientos; en él todo es libre elección y emergencia poética del hombre.

Mal porvenir de las Iglesias

M. M.: Yo me cuestiono sobre el porvenir de las Iglesias. Pienso que las grandes instituciones de poder están llamadas a desaparecer, y las Iglesias siempre han terminado por caer en esta tentación de poder. Preveo así para el futuro sólo una expansión vital de los pequeños núcleos cristianos, como entidades vitales autónomas, y no como una organización con leyes y mandos, aunque fuese democrática en su estructura: eso no es bastante; la revolución eclesial debe ser más honda. La democracia formal no vale ni para la sociedad ni para la Iglesia; es insuficiente, aunque resulte mejor que la dictadura.

G.: Por eso pienso que si todavía las Iglesias tienen algo de positivo deben hacer la revolución cultural dentro de ellas mismas. Ahora están acostumbradas a hablar, pero no para decir nada. Los Papas, obispos y teólogos no se dan cuenta de este fenómeno: la inanidad de lo que dicen. Tendrían que superar la letra de los Concilios, que tuvieron un sentido en su época, o la de los Credos, que les pasa lo mismo. Hoy ni unos ni otros dicen nada a un hombre con la cultura de nuestra época. Y su tragedia es que no se percatan de ello.

M. M.: A veces soy tan drástico que pienso no sólo en una desmitologización, sino en una desmitificación de las religiones incluida la cristiana. Pero no sé si esto es una propuesta realista.

G.: Bultmann, que acaba de fallecer hace poco, hizo un gran servicio a la religión y al cristianismo con su drástica limpieza de los mitos; el único límite que esto tiene es que —de un modo o de otro— siempre nuestro lenguaje religioso

es simbólico, y no debe perder el sentido de la trascendencia, que es su núcleo vital.

M. M.: Yo, por eso mismo, veo lo divino en la experiencia de la immanencia-trascendencia, y no —como equivocadamente se ha dicho a veces— en la immanencia sólo o en la trascendencia únicamente. El defecto de los teólogos de la horizontalidad, y el de los teólogos tradicionales en la verticalidad. La síntesis de ambas cosas se encuentra en la experiencia de lo divino, que no se puede expresar en palabras, sino con hechos transformadores de todo lo que nos rodea. De ahí que el mayor contrasentido hayan sido esos hombres religiosos ajenos a los problemas de la sociedad: un cristiano siempre debe vivir "encarnado", hecho carne, en todas las cosas.

G.: Las herejías antiguas fueron el producto de este antagonismo, entre vida profunda y concepto rígido. La filosofía griega, aceptada por los Santos Padres, es la culpable de ello. Hubiera sido preferible que los pensadores cristianos se hubieran inspirado en la mística de todos los tiempos, y sobre todo en la gran experiencia mística de Oriente, en vez de caer en las garras abstractas de la filosofía griega y el juridicismo romano. Los cristianos tienen grandes pensadores místicos como el maestro Eckart, que fue el teólogo más auténtico que todos los teólogos oficiales que le condenaron después de muerto. Esa corriente intelectual vital, que no está prostituida por el corsé abstracto del pensar griego, se manifestó en los 114 logion del Evangelio de Tomás, el más primitivo de los documentos cristianos que existen, anterior a San Pablo y a los cuatro evangelistas. En él se ve todavía el cristianismo como un "éveil", y no como algo hecho desde fuera e impuesto dominadoramente. Esa misma filosofía griega trastornó también la gran idea de la Resurrección bíblica, que no es inmortalidad ni individualismo egocéntrico, sino una experiencia trascendente mucho más profunda, aunque indefinible.

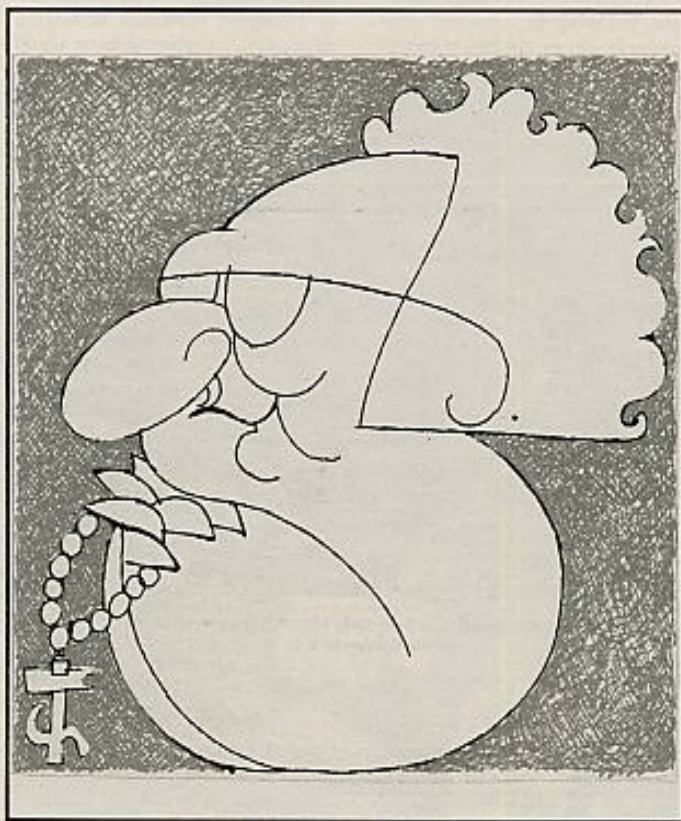
La teología en cuestión

M. M.: Yo he llegado a pensar que el papel de San Pablo ha sido muy perjudicial al cristianismo. Su carácter paranoico en un hombre inteligente como él le hizo construir una camisa de fuerza absolutista que marcó al cristianismo en forma negativa, y ese fue el germen de todos los absolutismos posteriores.

G.: Si lo malo ha sido que sus enseñanzas circunstanciales fueron elevadas a una categoría de absolutas para todos los tiempos. San Pablo, y sobre todo algunos comentaristas suyos, quieren presentar a Jesús como un personaje con

un papel concreto, que se pueda exponer normativamente a los hombres de todas las épocas, como un modelo hecho de una vez por todas. Pero en Jesús no hay un "rol"; su vida es una vida poética, sin ninguna rutina—como he señalado antes—; todas sus decisiones son siempre originales. Y eso no se puede encerrar en una "philosophia perennis" de tipo religioso. Por ejemplo, creo que nada dice al mundo de hoy el que ahora pretenda la Iglesia católica rehabilitar al hereje Huss —como se pretendió en el Concilio Vaticano II— o al gran reformador Lutero, como muchos querrían actualmente. Y lo mismo pasa con los Concilios: son hechos de otra época y para otra época.

M. M.: La teología está hoy, en mi opinión, en un callejón sin salida.



Garaudy visto por Vázquez de Sola.

da. Sus ensayos renovadores no han ido, por lo general, nada más que por las ramas. Se han quedado en la superficie de los problemas.

G.: Una teología no puede ser una ciencia, es algo así como una reflexión poética. San Juan de la Cruz, uno de los más profundos hombres religiosos que han existido, se expresó por medio del poema, y no por medio de una teología sistemática. Hoy hasta la teología progresista está en muchos aspectos en un callejón sin salida; aunque sea una teología más "encarnada", menos evasivista que la de otros tiempos. Pienso que a la teo-

logía al uso le pasa igual que a Althusser. El estructuralismo ha hecho perder quince años a la búsqueda marxista, por la actitud adoptada de Althusser. Ciertos ensayos como los del teólogo católico Belo, por ejemplo, que parecen tan progresistas porque se plantean el fondo materialista del Evangelio, caen en el mismo error esquemático. No así la teología de la liberación del padre Gutiérrez, que parte de hechos humanos concretos y no de principios abstractos, y no los encierra tampoco en un corsé abstracto.

No a los estalinismos

M. M.: Hablando de otra cosa, profesor, en su reciente visita a España, Henri Lefebvre me dijo que él

soy conservador, sino que pretendo "vivir". Y la vida es movimiento hacia delante, no estancamiento, como pretenden casi siempre estas grandes organizaciones centralizadoras —el estalinismo fue una de ellas— que pierden flexibilidad y creatividad. Fue mi vital concepto de la trascendencia en la immanencia, lo que me hizo entonces incómodo en el PC francés, cosa que se compagina difícilmente con el inmovilismo o el procedimiento dictatorial sea del color que sea.

M. M.: Pasemos a hablar de un problema que preocupa hoy, y sobre el que doy un curso en el Instituto Universitario de Teología, el de la moral marxista y la moral cristiana. Opino que no existe una moral cristiana, sino muchas morales que han vivido los cristianos a través de su historia. Pero, ¿podría hablarse de una moral marxista?

G.: No. No hay una moral marxista. Incluso cada vez creo menos en la moral, la vida es poesía más bien, y lo estético irá sustituyendo a lo ético. Lo que se ha llamado moral siempre es algo histórico. San Pablo fue un misógino, y su carácter lo trasvasó intelectualmente a sus escritos. Si quisiéramos hacer de sus reflexiones morales una moral para siempre nos equivocáramos profundamente.

"En moral, legislar no tiene sentido. Y eso es lo que la Iglesia suele hacer, y con ello no eleva ni desarrolla a los hombres. Incluso le lleva su método a las mayores inconsecuencias o paradojas. ¿No hemos visto al padre Daniélou en la TV francesa caer en lo contrario de lo que pretendía, al hablar de la homosexualidad, por ejemplo? La norma moral desarrollada por un camino rígido, que se quiere aplicar mecánicamente a la vida, está abocada al fracaso. Eso lo vemos con las cosas increíbles que sobre el aborto o el divorcio dice todavía la Iglesia oficial. Responsabilidad, sí; legalismo en moral, no. Porque el legalismo lleva a la hipocresía en la vida. He de confesar paladinamente que mis peores libros son los que publiqué tempranamente sobre la teoría del conocimiento y sobre la moral: no tenían en cuenta esto que aquí digo.

M. M.: En España hemos visto a esos personajes católicos que se definían paradójicamente como "católicos del ombligo para arriba". Sin embargo, las normas sexuales de la Iglesia eran extremadamente puritanas en teoría, pero en la práctica el método casuista de razonar llevaba a una tolerancia delicuescente. Todo esto me parece tan hipócrita como a usted, y es disgregador de ese hombre católico que sólo estaba preocupado por representar un papel, pero no de ser él mismo.

"Pero yendo a otra cuestión muy distinta. ¿Qué piensa usted del eurocomunismo?"

G.: No es una doctrina nueva. Es

Producto de la situación europea que no se parece a la de Rusia cuando vino la revolución, ni tampoco a la de China cuando accedió Mao al poder. El modelo soviético no es deseable para Occidente, y tanto el Estado como el partido comunista deben ser distintos que en Rusia. Marx, en realidad, se acercó más al modelo y camino de cambio que hoy propugna el eurocomunismo, que al de Lenin en Rusia. El pensamiento europeo habla mucho del respeto a la persona, y yo veo con muy buenos ojos no sólo ese respeto, sino la distinción entre individuo y persona. El individualismo corresponde al dicho de Descartes "pienso, luego existo", y resulta inaceptable para una verdadera concepción comunitaria del hombre. En cambio, "persona" corresponde a la afirmación antigua del cristianismo "amo, luego existo", en que individuo y comunidad son aspectos complementarios en el hombre, y así está esencialmente unido a la inquietud y comunicación con los demás.

M. M.: Hoy veo que la antigua "lucha de clases" se amplía a otros campos que producen una fuerza reactiva que debe desarrollarse para poder transformar la rígida e injusta estructura social del mundo contemporáneo. ¿Qué piensa usted?

G.: Un ejemplo, en esa línea, sería la necesaria lucha contra las multinacionales, que esconden un tipo sutil de esclavitud de todos los ciudadanos del país donde se asientan. Lo que no creo es que se puede desear la idea que late en la expresión "dictadura del proletariado". En cuanto al término "dictadura", la designación no es feliz, pero no cabe la menor duda que se puede dar situaciones sociopolíticas que requieran una actitud enérgica de izquierda —eso es lo que se quiere significar hoy con esa expresión— que impida la llegada de las verdaderas dictaduras inhumanas y asociales de la derecha que, por ejemplo, proliferan en América Latina.

Un materialismo nuevo

M. M.: El católico está preocupado por el tema del materialismo, que parece el fondo del marxismo. Sin embargo, Henri Lefebvre piensa que Marx no tiene una concepción de la materia como algo físico, sino que se preocupó solamente de la praxis social como caldo de cultivo de una nueva sociedad.

G.: Marx, en efecto, no tiene una concepción fisicista de lo que se ha llamado materialismo marxista. Yo voy a publicar en breve un libro so-

bre él, en el que hago ver que precisamente criticaba este planteamiento, y aceptaba incluso un lado activo en el conocimiento humano. El conocimiento no es un reflejo, como dijo Lenin y sobre todo como lo entendieron muchos comentaristas suyos, sino un proyecto para la práctica social, como el filósofo de la ciencia Bachelard expone muy claramente. Tampoco el marxismo es un determinismo histórico que resulte un "ersatz" de la Providencia que propugnaba el teísmo tradicional. La historia no está hecha mecánicamente, ni natural ni sobrenatural.

M. M.: Algunas pensadores, creyentes y no-creyentes, piensan que Marx hizo sólo una crítica sociológica de la religión, pero no una verdadera crítica ontológica. ¿Lo ve usted también así?



"No hay una moral marxista, incluso cada vez creo menos en la moral. Lo estético irá sustituyendo a lo ético".

G.: Marx no estuvo preocupado por la religión. Vivió de niño y de joven en un ambiente volteriano. Por eso hizo de la religión una crítica política y una crítica histórica, pero se abstuvo —porque no entraba en su mentalidad— de hacer una crítica filosófica. Incluso cuando hablaba con toda razón de la fe como "opio del pueblo", añadía que también la fe era "protesta" contra la situación de injusticia social en la que se encontraba el pueblo trabajador. La lástima es que la institución eclesiástica se ha preocupado poco de fomentar este aspecto de protesta que puede tener la religión. Engels, en cambio, vivió otro ambiente muy distinto: por eso se preocupó mucho más de lo religioso que Marx, y vio en lo hecho por el revolucionario cristiano Thomas Münzer el prototipo de toda revolución del futuro. Marx planteaba la religión con las mismas estructuras mentales que usaban los teólogos

de su tiempo: el dualismo de cuerpo y espíritu y el idealismo platónico. Y —por eso— conceptuaba la religión como una superestructura que con el tiempo debía desaparecer totalmente. Pero lo religioso no es sólo eso que vio Marx en su ambiente o en los pensadores religiosos de su época.

La nueva sociedad

M. M.: He escrito en mi libro "España destino socialismo" una parte final en donde intento exponer "camino hacia la democracia social". Usted, en su nuevo libro "Una nueva civilización" intenta lo mismo. Podría decirnos cómo ve usted nuestra sociedad occidental y su futuro.

G.: Aprecio tres males de raíz en

vidualista en la que proliferan los tecnócratas que sólo se ocupan de los medios y nunca del fin. Con ello se hace del hombre un autómatas y un ser humanamente castrado. Descartes —su propulsor y su símbolo— no proporciona una filosofía de la estética, ni en él cuenta el amor al tratar de la estructura pasional del hombre; ese es el tipo humano disminuido que se ha construido en Occidente. Y, por último, hemos forjado una sociedad de hombres movidos por el "mal infinito" de que habló Hegel: el infinito cuantitativo del 1 + 1 + 1 + El de un crecimiento sin medida, que solamente pretende en la vida la cantidad y nunca la calidad como primer objetivo personal y social. Estados Unidos y Suecia son ejemplo de este "modelo" de sociedad, en el que la insatisfacción de la juventud está a la orden del día. Por eso el porcentaje de suicidios de jóvenes y adolescentes es superior en ellos al de otros países.

M. M.: Algunos piensan que su visión autogestionaria de la sociedad se parece curiosamente a la socialismo utópico o al anarquismo. ¿Es así?

G.: Creo que mi concepción está en línea con el socialismo científico, porque pienso que los automatismos ingenuos no sirven a la hora de forjar la sociedad futura. Pienso que la eficacia es necesaria para conseguir esta sociedad que pretendo proponer en mi libro, y los métodos, instrumentos y caminos para llegar a ella, y organizarla bien, los debe suministrar la ciencia, y no el solo anhelo utópico. El futuro estará marcado por el tipo de "empresa" que —a todos los niveles— se construya. Y se debe pensar que una "empresa" no debe ser sólo un conglomerado económico, sino una asociación de hombres que trabajan. Ahora la empresa occidental es una asociación de capital, porque en último extremo es el capital el que tiene la sartén por el mango. Pero yo propugno que se invierta el esquema y que, en vez de una asociación de capital que "alquila" trabajo, sea una asociación de trabajo que "alquila" capital. Bajo este esquema, llevado a todos los niveles, se podría llegar a la sociedad socialista que pretendía Marx en su *Ideología alemana*: "Que cada niño que tenga la capacidad de un Mozart pueda llegar a ser Mozart". Para eso la educación debe cambiar sus fines, y no sólo sus métodos: porque lo que debe pretender es conseguir este tipo de hombre, a través de unas motivaciones sociales y humanas. En la escuela debía dedicarse la misma importancia a las artes y a la estética que a las ciencias; al porvenir y a los fines, el mismo tiempo que a la historia, y a la cultura oriental debía dedicarse la misma importancia que a la occidental. ■

nuestra civilización. Y sobre estas tres bases se ha construido nuestra sociedad en Occidente. Esto ha llevado a los hombres actuales a verdaderos callejones sin salida. Sus errores sociales les han envuelto, y ahora algunos más conscientes intentan superarlos. El proyecto fáustico, la primacía de la razón, y el "mal infinito" son los tres elementos equivocados sobre los que se asienta nuestra civilización.

M. M.: ¿Podría usted analizarlos un poco más?

G.: El activismo económico preconizado ya germinalmente en Adam Smith ha hecho que estemos compulsivamente absorbidos por este afán sin medida ni reflexión que impide dar una dimensión humana a la actividad del hombre. La primacía de la razón, con exclusión de otros elementos del conocimiento humano, engendra el cientifismo y la democracia indi-